LIBRO CUARTO

ODAS

HIMNOS Y CANCIONES

EN LA CANONIZACION

DE LOS

MARTIRES JAPONESES

—

Filiæ Jerusalem, venite et videte Martyres cum coronis, quibus coronavit eos Dominus.

"¡Venid y ved mil mártires gloriosos
Ornados de las fúlgidas coronas
Con que ciñó Jehová su augusta frente!
¡Venid y ved! Pastores que animosos
Los rebaños paceis, que el sol ardiente
Del Ecuador abrasa, y los que cerca
Perpétua nieve en las heladas zonas.

¡Venid y ved! los que del Pó y el Arno
Bebeis las dulces aguas; ó en el Sena
Apagais vuestra sed; los que en Bretaña
La fe gloriosa de ínclitos mayores
Fervientes encendeis; los que en España
No indignos sucesores
Os mostrais de Ildefonsos y Leandros;
Los que habitais las plácidas comarcas
Que baña el Rin, y el Neva, y el Danubio,
Y las vastas regiones que fecunda
El caudaloso Nilo, ó el Vesubio
De roja lava destructor inunda.
Venid todos, venid, del Orbe entero
Pontífices augustos,
De la Esposa sin mancha del Cordero
A presenciar las inefables glorias:
Venid; y de los Mártires de Cristo
Cantad en torno mio las victorias."

Desde lo alto del monte Vaticano,
Así intrépido clama
Con voz sonora majestoso Anciano.

Alígera la Fama
Del Sucesor de Pedro el sacro acento
Por doquiera difunde en un momento.
Por apagarlo en vano
Se esfuerza la Impiedad: al Capitolio
Sus huestes dirigir en vano intenta
Y derribar sangrienta
Del Nono Pio el venerando solio.

¡Miradla! Al pié de los nevados Alpes
Su inmensa forma al Universo ostenta,
Gigante meretriz: sus vestiduras
Tintas están en inocente sangre,
Y robada coraza
Cubre empañada su abultado seno:
Ajeno escudo embraza,
Y orna su frente, de metal ajeno,
Mal forjada diadema. Centellantes
Sus torvos ojos furibunda fija
En la Eterna Ciudad; y fascinada,
La maldice con labios espumantes
Y la amenaza con su rota espada.

¡Insano maldecir! Del mar Tirreno
Ya las azules ondas desparecen
Bajo millares de extranjeras naves,
Que plácidas se mecen
Llevadas por los zéfiros süaves.
Allí del Nuevo Mundo; allí de Europa;
Allí de Libia y del lejano Oriente
De Pontífices viene augusta tropa;
Y mil y mil Levitas
E inmensa turba de piadosa gente
En torno suyo á Roma se dirigen.
Mil cánticos sagrados
Al trueno se unen del cañon festivo
Que anuncia de los ínclitos varones
El anhelado arribo.
Todos con palpitantes corazones
Cercan postrados al Pastor Supremo;
Y con el rostro en lágrimas bañado,
Atestiguan al Mundo
Su intensa devocion y amor profundo
Al Padre de los Padres venerado.

Raya, por fin, la suspirada aurora;
Y de la excelsa cumbre
Del Vaticano monte, el infalible
Vicario de Jesus, de la alma lumbre
Del Creador Espíritu animado,
Muestra al Orbe la espléndida aureóla
Que á la ínclita falange en torno brilla
De mártires sin fin, que merecieron
En el Japon lavar su blanca estola
Con sangre del Cordero sin mancilla.
Del Pontífice-rey la voz sagrada
En las excelsas bóvedas retumba
De la inmensa Basílica; palpitan
Los pechos de la turba al escucharla:
Truena el cañon, y manos mil agitan
Alborozadas los alegres bronces,
Y las vencidas Puertas del Infierno
Rechinan con fragor sobre sus gonces.

La Madre Iglesia en tanto
Enjuga el que la baña, amargo llanto,
Y á la márgen del Tíber se presenta,

¡Matrona celestial! Fúnebre velo
No oculta ya su faz. Soberbia veste
De mil colores matizada ostenta;
De púrpura y brocado
Vistoso manto cuelga de sus hombros
De perlas y diamantes salpicado;
Y en vez de las espinas
Con que sus blandas sienes circundara,
Pontifical tiara
Y tríplice diadema orna su frente:
Rayos despide de celeste lumbre
Su rostro refulgente;
Y la sonrisa angélica que brilla
En sus rosados labios, la esperanza
Que la anima revela, y nos augura
Dorado porvenir de bienandanza.

Entrambos ojos al sereno cielo
Eleva suplicante; y penetrando
El azulado velo,
De Jehová postrados ante el trono
Los Japoneses mártires divisa

Cercados de esplendor. Férvidas preces
Por la de Pedro combatida nave
Alzan á Dios; y humildes presentando
Sus llagas y su cruz, por tí mil veces
Oran tus hijos, ¡oh del gran Loyola
Inclita Compañía! y los que vieron
La luz en tu regazo, ¡oh Española
Gloriosa tierra, en mártires fecunda!
Por tí sus votos al Señor dirigen.
Del mexicano suelo el Protomártir
Resplandece entre todos. ¡Cuál conjuran
Sus ardientes plegarias, los que afligen
A México infeliz males infandos!
¡Cuál sobre sus Pontífices errantes
Invoca del Señor las bendiciones,
Generoso patrono! ¡Ah! Las constantes
Súplicas de sus fieles campeones
Dios no desechará: su augusto cetro
Benigno tiende, y plácida mirada
Lanza sobre su intrépido Vicario.
Lo ve la Madre Iglesia; y ya segura
De la victoria, fulminante espada

Guerrera empuña: fúlgida armadura
Viste sobre su túnica; y al viento
Tremolando, entre vítores sin cuento,
La enseña de las Llaves celestiales,
Sus legiones convoca sacrosantas,
Hasta hacer de las huestes infernales
El escabel humilde de sus plantas.

En la Consagracion Episcopal

Del Excmo. Sr.
Nuncio Apostólico en Bélgica

MONSEÑOR MIECISLAO LEDOCHOWSKI,

Antiguo Delegado
de la Santa Sede en Nueva Granada,
actualmente
Cardenal Arzobispo de Gnesen y Posen.

Permite que tambien mi humilde mano
Una sencilla flor tímida añada
A la corona con que ornó tu frente
Un tiempo la católica Granada.
¡Gloria y honor de la Polaca gente!
Aunque tu noble rostro

Jamás miré, ni de tu voz sonora
El eco nunca resonó en mi oído,
La Fama voladora
Tus claros hechos, al rincon oscuro
En que yazgo, ha traído.
Mil veces pronunció tu ilustre nombre
La juventud brillante, que á tu puro
Celo y santo fervor debe la dicha
De hollar de Roma el venerando polvo.
Mil veces tus loores
Escuché entusiasmado de su labio,
Y te admiré sin conocerte ¡oh sabio
Legado del Pastor de los Pastores!
Y ardiente en mi alma se encendió el deseo
De contemplar tu faz; y al fin cumplido
Este dia faustísimo lo veo.
De episcopal ropaje revestido
A mi afanosa vista te presentas:
Sobre tu pecho ostentas
La cruz, que tanto tu virtud merece;
Y el pastoral anillo
En tu dedo fulgente resplandece.

Al mirarte, doquier vivas sin cuento
Y aplausos mil y mil llenan el viento;
Y de Polonia el pueblo, y el Romano,
Y de América el hijo,
Llenos de regocijo
Te proclaman Pontífice Tebano.

Solo en medio del público alborozo
De cuando en cuando los oídos hiere
Prolongado sollozo.

Es la jóven Granada. Entre cadenas
Yace allende los mares, recostada
Sobre las duras peñas de los Andes.
La túnica preciosa, en que las plumas
Primitivas trocara, desgarrada,
Sus heridas hondísimas descubre.
Baña copioso llanto
Su dolorida faz; que ni procura
La infeliz enjugar: en su amargura
Vuelve al inmenso mar los tristes ojos,
Y con acento lánguido te llama;

¡Oh Tebano Pastor! y *Padre*, clama:
Padre, repite; y sin hallar consuelo
La cansada cabeza
Deja caer sobre el mojado suelo.

¡Desventurada! Sus amargos ayes
No te es dado escuchar. A otras regiones
Te aprestas á llevar las bendiciones
De que amoroso la colmaste un dia.
Ya la piadosa Bélgica sus brazos
Te abre llena de amor; ya de tu nave
Las extendidas lonas
Hinche apacible zéfiro süave:
Ya de Cristo el santísimo Vicario
El ósculo de paz en tu alba frente
Imprime, y en tu diestra dulcemente
El ramo pone de sagrada oliva
Que has de llevar al Belga hospitalario.

¡Vé; vuela do te llama
Tu sublime mision! Veloz la Fama
Con sus trompas sin cuento te preceda;

Te acompañe la Paz; y la Fortuna
Haga parar su no cansada rueda.
De aureóla brillante
Tu majestosa sien la Gloria ciña;
Y cuando á Roma tornes triunfante
Tu sacra veste en púrpura se tiña.

EL MAR

—

¡El mar, el mar! ¡Con qué placer respiro
Del fresco mar la perfumada brisa!
Juega en mis labios plácida sonrisa
Cuando sus olas levantarse miro.

¡El mar, el mar! ¡Cuán dulce á mis oídos
Ese bramido furibundo suena!
¡De cuánto gozo mi ánimo se llena
Al escuchar del viento los silbidos!

¡Cómo del agua la color oscura
Herida por el sol, bella se esmalta!
¡Con qué primor sobre su azul resalta
De la flotante espuma la blancura!

¡Cómo las ondas pavorosas ruedan,
Y unas tras otras á estrellarse locas
Con estrépito vienen en las rocas;
Luego tranquilas cual espejo quedan!

¡Cómo las barcas frágiles se mecen
Llevadas por el húmedo elemento!
Hincha sus lonas favorable viento
Y allá en el horizonte desparecen.

Otras naves con mástiles desnudos,
De humo arrojando nube voladora,
Vuelven al Aquilon su fuerte prora
Y osadas vencen sus empujes rudos.

De mil y mil cañones erizada
A lo léjos se eleva pintoresca
Del castillo la forma gigantesca
Con su alta torre por el sol dorada.

Siglos y siglos el peñasco fuerte
En que su mole inmensa se reposa,
Desafió la tormenta que horrorosa
Esparce en torno pródiga la muerte.

¡Ay! yo tambien á desafiar en breve
El tempestoso mar voy arrogante;
Mas ¿qué es mi barca á su furor delante?
¿Quién con las ondas á luchar se atreve?

Tan solo tú, Señor, que en Tiberiades
Aplacaste las olas y los vientos,
Puedes domar los fuertes elementos
Y sosegar las bravas tempestades.

Escucha tú mi súplica ferviente;
Ve mi esperanza firme y mi fe viva:
Manda que el mar tranquilo me reciba
Y me lleven sus olas blandamente.

¡Estrella del Océano! que guías
En la borrasca al infeliz marino,
Resplandeciente alúmbrame el camino:
De las borrascas sálvame bravías.

Haz que en el Vaticano Santüario
Presto te eleve mi oracion ardiente,
Y que se postre mi devota frente
De Cristo ante el Santísimo Vicario.

AL RODANO.

¡Oh Ródano afamado,
Oh caudaloso rio,
Más rápido que el viento
Y el huracan temido!

¡Con qué placer tus aguas
Embelesado miro
Regar mil y mil campos
De vides y de olivos!

De fértiles colinas
Ya bañas fugitivo
El pié, que llena Agosto
De pesados racimos,

O ya la orilla lames
De llanos infinitos
Do brota el rico grano
Del Indostan traído.

Tal vez en tu ribera,
De algun feudal castillo
Descúbrese entre musgos
El torreon sombrío;

O tal vez, en dos brazos
Tu cauce dividido,
Algun ameno islote
Se mira de improviso.

¡Cuán bellos son tus campos
En el Abril florido!
Tus márgenes feraces
¡Cuánto en Otoño admiro!

El zagal abrasado,
¡Con cuánto regocijo
No salta entre tus ondas
En el ardiente Estío;

O de la luna triste
Bajo el rayo tranquilo
Sobre ellas se desliza
En frágil botecillo!

Pero tambien ahora,
¡Oh Ródano divino!
Tambien eres hermoso
En el Invierno impío.

Ya ardiente las entibie
Del sol el fuego vivo,
O ya sobre ellas floten
Hielos endurecidos;

Ya guarden en su curso
Los límites prescritos,
O inunden los feraces
Campos circunvecinos;

Tus ondas siempre ofrecen
El plácido atractivo
Que pródiga Natura
Te dió desde el principio:

Y al paso que deleitan
Con su correr contínuo
Los ojos del viajero
Que admírate embebido,

Excitan en el alma
Recuerdos los más vivos
De edades muy remotas,
De tiempos muy antiguos;

Allá cuando sentiste
Peso desconocido
Y cubrieron tus aguas
Mil Aticos navíos;

Y viste en un momento
En tu márgen florido
Alzarse mil ciudades
Y teatros y circos.

De Rómulo llegaron
Despues los bravos hijos,
Y en tu orilla erigieron
Muros y templos ricos.

Cuando la vista absorto
En tu corriente fijo,
De Aníbal la bravura
Me pasma; y me imagino

Que veo al renombrado
Cartaginés invicto
Cruzarte con su inmenso
Ejército aguerrido.

Sus Púnicos infantes
Paréceme que miro:
Sus bárbaros ginetes,
Sus elefantes indios.

¡Ay! ¡Quién escenas tantas
Como tú hubiera visto!
¡Quién, los hechos gloriosos
De que has sido testigo!

De férvidos Cristianos
Los hórridos martirios,
Y de ínclitas ciudades
Los inmortales sitios;

De ejércitos valientes
Combates infinitos
De que solo la fama
Llegó á nuestros oidos,

Todo lo presenciaste,
Afortunado Rio:
Felicidad tamaña
¡Cuánto, cuánto te envidio!

De cadáveres nobles
Tambien te viste henchido,
Que arrojara á tus ondas
Escandaloso siglo;

Y vistes á tus peces
Avidos engullirlos,
En veneno trocando
Su cuerpo apetecido.

En estos gloríosos
Pensamientos me abismo;
Y ni temo las nieves
Ni siento el crudo frío:

Mas mientra en la remota
Antigüedad medito,
Recuerdo involuntario
Oprime el pecho mio.

Recuérdanme esas nieves
Las que en los altos riscos
De mi adorada patria
Cubren rocas y pinos;

Las que coronan bellas
Al Orizaba altivo
Cuya sublime cumbre
Alcanza al cielo mismo;

A esa montaña excelsa
Que, el faro ya perdido
Que á Veracruz alumbra
Desde el fuerte castillo,

Su frente gigantesca
Mostraba y albo *Pico*
Al alejarme triste
De mi suelo natío.

IMITACION

DE HORACIO

—

Otros celebren
A Roma santa:
A augusta Lóndres;
A insigne Mantua;
A la opulenta
Perla de Francia,
O á la señora
Que rodëada
De las azules
Ondas del Adria,
Se dice hermosa
Reina de Italia.

Vense poetas
Que siempre cantan
Las hermosuras
De su Granada;
Con su soberbia,
Sin par Alhambra,
Y aquella amena
Vega encantada
Que mil preciosas
Flores esmaltan.

Mas ni Florencia
Tanto me agrada
Sobre sus verdes
Campos sentada
Que el Arno manso
Tranquilo baña;
Con mil jardines
Engalanada,
Y con marmóreas
Ricas estatuas
Que se contemplan

En cada alcázar;
Ni las famosas
Suizas montañas
Que hasta las nubes
Sus cumbres alzan,
Cubiertas siempre
De nieves blancas,
Miéntras azotan
Sus verdes faldas
De lagos puros
Las ondas claras;
Como los montes
Que de mi patria
El suelo cubren
Con oro y plata
Que arrojan todos
De sus entrañas.

Mi humilde suerte
Yo no trocara
Con la opulencia
De cien monarcas,

Cuando me encuentro
Junto á la clara
Fresca laguna
Que con sus aguas
Mi sed primera
Dulce apagara:
Hermoso es verlas
Cuando retratan
A la apacible
Luna argentada,
Que temblorosa
Su luz derrama
Sobre las quintas
Y las cabañas,
Que gracïosas
En torno se alzan.
Mas cuando dora
Risueña el alba
Los arroyuelos
Que entre escarpadas
Peñas y riscos
Veloces bajan

Sus puras linfas
A regalarla;
No hay en la tierra
Region humana
A que pudiera
Ser comparada:
Tívoli misma
Con sus cascadas,
En atractivos
No la igualara.

Venid, amigos,
A mi morada:
Humilde mesa
Ya nos aguarda;
Y aunque sin ricas
Suntuosas viandas,
Veréis los vinos
En abundancia;
Y entre las flores
Y ricas dalias,
Llena la copa

De buen champaña,
Queden las penas
Allí olvidadas,
Y los dolores
Del pecho salgan:
Risa tan solo,
Placer y holganza,
Hallarse deben
Donde sus gracias
Naturaleza
Prodiga ufana;
Y á manos llenas
Siempre derrama
Tanta hermosura,
Belleza tanta.

LA VIOLETA

DEL TAMESÍ

—

Violeta pálida
Que airosa brillas
En las orillas
Del Pó y Genil,
¿Por qué raquítica
Tu faz doblegas
Acá en las vegas
Del Tamesí?
¿Por qué tus pétalos
Abres gigante
Cabe el distante
Guadalquivir,
Y pequeñísima
Tu azul corola
Muestras, oh viola,
Del Tamesí?